Sábados de ayer y hoy

Autor: Manolo Campa

Siempre disfruté los fines de semana. Ahora los aprovecho mucho más, los dedico a estar con mis nietos. Cuando voy con ellos al parque no se cansan de correr, brincar, jugar y pelear. Me agoto solamente de verlos tan activos y de intervenir en sus infantiles querellas. Mis sábados de entonces tenían algo en común con los de ahora: mi papel de mediador en disputas, desacuerdos y protestas.

Según un dogma de mi suegra: "el sábado es el día de la semana dedicado a la limpieza. En las iglesias se oyen confesiones para quitar las manchas del alma y en las casas se barren los pisos, se sacuden los muebles, se lava la ropa y se corta la hierba". Mi mujer aceptó este precepto sanitario que me incluía a mí y a nuestros hijos como parte de la "mano de obra".

Como en cualquier centro de trabajo, en casa teníamos protestas laborales, acusaciones de favoritismo e injusticias, malos entendidos, "pasos de jicotea", ausentismo, castigos, enmiendas, promesas que se cumplían unas veces y otras se ignoraban.

Algunas veces a la hora de arreglar el césped, el responsable de hacerlo no aparecía… se había "asilado" en casa de un vecino. Cuando había que llevar la bolsa con la basura al latón, en el patio, teníamos que oír las protestas del que quería seguir disfrutando del televisor en vez de cumplir con su deber.

Por lo general, cuando más entusiasmado estaba dedicado a mis asuntos, se me interrumpía para mover muebles, macetas con plantas que desentonaban en el lugar donde las había colocado anteriormente siguiendo instrucciones de la decoradora interior residente que ahora cambiaba de opinión.

También intervenía en las frecuentes disputas territoriales entre mis hijas: una alegaba que tenía que limpiar más que la otra, y ésta se ceñía a lo que le habían asignado y de ahí no estaba dispuesta a pasar…

Como premio a los "trabajos voluntarios" de todos, terminábamos el día yendo a comer a un restaurante de servicio rápido y precios

módicos del vecindario… pero antes pasábamos por casa de “los viejos”. ¡Visitábamos a mis padres!

Mamá se alegraba y alarmaba al mismo tiempo al ver llegar a toda mi tropa, preocupada por la integridad de sus adornos y sus muebles, comprados gracias a ahorros conseguidos con privaciones y sacrificios.

Mi padre, con su acento castizo acentuado por la lentitud con que los años le hacían hablar y por la “garraspera” propia de los que fueron fumadores de tabaco, nos hacía siempre los mismos cuentos. Mis hijos se habían aprendido los refranes y dicharachos que el antiguo bodeguero de un barrio de La Habana, decía inspirado por el gran amor que sentía por la tierra a la que amaba tanto como a su Asturias natal.

Aquel viejo español era un tomo viviente de la historia de un pueblo, que se abría cada sábado para que de sus páginas brotaran los recuerdos de un lugar y de un pasado que su ternura mantenía latentes.

Cargaba con gracia el peso de los muchos años vividos… no temía a la muerte pero anhelaba regresar a Cuba cuando ésta volviera a ser una nación libre para morir allí.

Jaime Benito escribió: “Uno no es de donde nace sino de donde quisiera morirse”. Mi padre español, cuando los años le fueron acercando más al descanso eterno, deseba poder convertirse en polvo de “la tierra más hermosa que ojos humanos han visto”…
Murió lejos de ella. Está enterrado en suelo amigo pero lejos de donde quiso que descansaran sus restos mortales.

EN SERIO:

Dios tomó la fuerza de una montaña,
La majestad de un árbol,
El calor de un verano soleado,
La calma de un mar sereno,
El alma generosa de la naturaleza,
El sosiego de la noche,
El poder del vuelo de un águila.
Cuando no había nada más que agregar,

Dios entonces combinó estas cualidades.
Su obra maestra estaba terminada,
Y
La llamó “¡Papá!”

Autor Anónimo